

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

LA CONTROVERSIA ARRIANA, EL CONCILIO DE NICEA Y ATANASIO

EN CUMPLIMIENTO PARCIAL

DE LOS REQUISITOS DEL CURSO TH 619.772

PROF. CARLOS R. COLÓN, Ph. D.

POR

ABIGAIL GONZÁLEZ RODRÍGUEZ

SAINT JUST, PUERTO RICO

DICIEMBRE, 2024

LA CONTROVERSIA ARRIANA, EL CONCILIO DE NICEA Y ATANASIO

Para J. González el cuarto siglo represento un cambio importante en la iglesia y en la evolución del pensamiento cristiano. A partir de la conversión de Constantino la iglesia resulto ser más tolerable. Esto permitió que surgieran los padres de la Iglesia y de Eusebio primer historiador del cristianismo. También otros cambios se observaron cómo, el arte cristiano, se adapta la liturgia y se construyen magnificas basílicas. Sin embargo, no todo parece favorecer a la iglesia sobre todo por las controversias teológicas de apariencia política que tuvieron lugar.

Un conflicto entre Arrio, presbítero popular, y su obispo Alejandro cobran el protagonismo a lo largo de la discusión. Debido a sus diferentes interpretaciones acerca de la divinidad de Jesús. Alejandro defendía la divinidad del Verbo en Jesús. Por su parte Arrio niega que el Hijo emane del Padre y afirma en esencia no forma parte de Él. También que “el mismo fue hecho por el Padre, y es por tanto una criatura, y no Dios”.¹ Además distingue entre el Verbo de Dios como eterno y el Hijo como Verbo creado después. Según González, la defensa de la salvación para el arrianismo consistía en afirmar la verdadera humanidad de Jesús. Su interés principal era que el Salvador pudiera imitarse. Concebía al Hijo como adoptivo de esta manera sus seguidores serian hijos adoptivos. Igual que Pablo Samosata, su interés era salvaguardar la humanidad del Salvador. Alejandro y los suyos catalogaron sus teorías de inaceptable. En específico que “el Hijo no era completa ni eternamente divino”.² Un punto controversial del arrianismo resumido por un oponente dice: “...no tiene nada que sea propio de Dios. Porque no es igual, ni tampoco esencialmente uno con Dios”. Continúa la cita: “Hay así una triada, pero no de igual gloria. Sus subsistencias no se mezclan entre sí”.

¹ Justo L. González, Historia del pensamiento cristiano. Desde los principios hasta nuestros días. (Nashville, TS: Editorial El Caribe, 2002), 255.

² Ibid., 256

Cabe señalar que esta doctrina logro amplio apoyo en Alejandría. Para quienes el Verbo de Dios era creado, y no eterno.³ Ante los esfuerzos de Alejandro en detener la doctrina de Arrio reunió a cientos de obispos. Su principal interés era lograr la condena de Arrio y defender la divinidad del Hijo. Como resultado, Arrio obtuvo el apoyo y protección de Eusebio de Nicomedia. Para González esta controversia resulto en una división que amenazaba con afectar la iglesia. Ante la abismal disputa y la imposibilidad de mediación entre las partes, el emperador convoca a cientos de obispos en el concilio de Nicea. Para Constantino la unidad del Imperio era importante por lo que una formula común era necesaria: la fórmula de Nicea. La defensa estaba claramente segmentada en grupos minoritarios: Eusebio, Alejandro y el sabelianismo. La mayoría se resistía en condenar en su totalidad las tendencias que subordinan al Hijo.

Ante el fracaso en la exposición de Eusebio, representante de Ario, esta doctrina quedo perdida. Para aclarar el carácter divino de Jesús el Emperador añadió el término “cosubstancial” *homousios*. Los obispos revisaron y reformularon el credo de Eusebio. Específicamente, al señalar que el hijo es de la misma sustancia del Padre. Aun así, el termino fue objeto de diversas interpretaciones y la disputa continuo por décadas. La condena definitiva del arrianismo tardo años. La Iglesia católica la tuvo por anatema en un esfuerzo por resolver la controversia. Cabe destacar, que el concilio de Nicea fue fundamental en la definición del cristianismo ortodoxo.

Por su parte, Atanasio obispo y teólogo importante del siglo IV, jugó un papel fundamental en el desarrollo doctrinal. Su enfoque fue práctico y religioso, en lugar de especulativo. Aunque no perteneció a la escuela origenista, su doctrina de la Trinidad muestra una influencia indirecta de Orígenes, pero con un método distinto. En su obra *Discurso acerca de la encarnación*, estableció las bases teológicas que usó para combatir el arrianismo. Una sección

³ Ibid., 257

de esta obra fue dedicada a la doctrina de la salvación sobre recrear al ser caído. Para reflejar la Imagen del cual fue creado. Para Atanasio el Salvador también es Dios al otorgar una existencia igual a la suya.

Propuso dos métodos para conocer a Dios: a través del alma y por la naturaleza, descritos en *Discurso contra los griegos*. Estos postulados son influenciados por Platón y la tradición teológica alejandrina. También se deduce la unicidad de Dios en el orden del universo. El Verbo es quien sostiene y ordena el universo. El autor lo describe como: imagen de Dios, uno y unigénito. Su doctrina respecto al Verbo se diferencia del arrianismo y de otros teólogos quienes proponían que el Padre y el Verbo eran distintos; uno absoluto y uno deidad subordinada. Esto es incompatible con el monoteísmo cristiano que constituyó parte de su pensamiento. González señala que “Atanasio estaba convencido de que el Salvador debía ser Dios”.⁴

En resumen, Atanasio defendía el monoteísmo y la doctrina cristiana de salvación. Aunque no detallo la doctrina de la Trinidad. Por razón de los “pneumatomacos” señaló que el Espíritu Santo es consubstancia al Padre, como lo es el Hijo. Para Atanasio si el Hijo no comparte la misma naturaleza que el Padre, no puede ser adorado como Dios esto pone en peligro los fundamentos cristianos. Defiende la divinidad del Hijo porque puede restaurar la creación y dar salvación. Sostiene que Dios es trascendente, pero a la vez se relaciona con las criaturas. El Verbo es eterno y verdadero Dios. Aunque en la cristología había congruencia en que el Verbo se unió a la carne de Jesús sus diferencias era en la interpretación de la divinidad del Verbo.

⁴ Ibid., 283

Referencias

González, Justo. *Historia del cristianismo*, Tomos I-II. Miami: Editorial Unilit, 1994, 253-288.